



VISTA DE LA IGLESIA DE SAN MARTIN EN ARGENTAN.

Dos iglesias principales hay en la ciudad de Argentan, la una está dedicada á San German, y la otra, que es la que representa el grabado, se erigió en honor de San Martin; esta, que al presente no es mas que un anejo, es sin embargo la mas bella y la mas antigua de las dos. Su forma exterior es la de una cruz, en cuyos brazos hay una doble capilla; tiene además otras doce, en las cuales se ven hasta veinte altares de formas diversas y variadas. El coro divide á la iglesia en dos, y sus numerosos asientos están tallados en madera con el mayor gusto y delicadeza.

Al pié de la iglesia hay dos órganos que acompañan los rezos de costumbre, intercalando sus dulces armonías con el divino texto de la misa, y la inmensa bóveda de este bello edificio está sostenida por treinta y tres pilares.

El viajero no ve penetrar ni el menor rayo de luz en este templo, adornado en derredor por cien vidrieras pintadas con un admirable gusto; hay sobre todo siete que son á juicio de los inteligentes lo mejor que se ha visto en su género: una de ellas tiene la fecha de 1540, es decir, la de la época en que la pintura sobre cristal estuvo en todo su esplendor. Hé aquí lo que dice á propósito de ellas el P. Marin Prouverre en su Historia de Normandía. «Estas vidrieras están tan bien pintadas, que son lo mejor que hay en San Martin.»

La arquitectura de este edificio no pertenece á ningún siglo, en él hay ojivas, arcos atrevidísimos, ventanas lanceoladas, y hasta una tosca capilla del tiempo de Luis XIII; los contornos de sus ventanas estaban cargados de admirables esculturas, pero los vándalos han pasado por San Martin.

El retablo principal de esta iglesia, que representa la muerte de San Martin, contiene lo menos treinta y dos personas: está el santo en la cama, y en el momento de dar el último suspiro un monje se precipita en sus brazos, otro levanta los ojos al cielo, y un tercero se arroja delante del lecho, sumido en el lloro mas amargo. Detrás un ángel levantando una cortina, deja ver en la parte superior del retablo, á la Virgen, que con su Hijo en los brazos, asiste á la muerte del Santo;

varios grupos de ángeles, colocados con la mayor armonia, acompañan á la Reina de los cielos.

Este edificio revelaba, hasta hace poco, la grandeza de la edad media; pero el mal gusto de la época actual ha venido también á imprimir su torpe sello sobre la iglesia de San Martin: en la actualidad, el coro está pintado al óleo, la bóveda de color de bizcocho, y el rodapié de mármol de diversos colores, como pudiera la portada de una taberna ó el patio de un café.

LA ESPOSA FUGIDA DE MOLIÈRE.

Molière que pintó tantas veces en el teatro el infortunio de los maridos engañados, con su viva é inagotable imaginación, no estuvo tampoco exento, como es sabido, de las crueles aflicciones que tanta sal cómica le inspiraron; hasta nosotros ha llegado por el testimonio de sus contemporáneos la memoria de los demasiados fundados celos que le daba su ligera esposa Armanda Bejart. Pruébanos esto que no hay nombre, talento ni carácter por grande y eminente que sea, que no pague como todos su tributo á las debilidades y padecimientos de la pobre humanidad. Y verdaderamente es triste ver entregado á los tormentos, y hasta á las ridiculeces de un marido chasqueado, á un hombre como Molière; esta es la razón porque pasaremos aquí en silencio las galanías de la linda cómica con la que hizo el disparate de casarse, siendo así que podría muy bien haber pasado por padre suyo. Olvidaremos por un momento al hombre grande, por no tenerle lástima á la par que admiración, contentándonos únicamente con referir los graciosos pormenores de un proceso en que se vió su esposa comprometida, aunque su conducta no dió pié por entonces á este enredo. Estos pormenores, que han estado inéditos hasta ahora, ofrecerán, así lo creemos, todo aquel interés que tiene cuanto hace relación á un nombre célebre; y los autores dramáticos que tantas veces han bus-

cado en los archivos judiciales el asunto de sus composiciones, agradecerán quizá que se haya ido á desenterrar de los empolvados archivos del Palacio de Justicia, la relacion de una intriga que á no saberse por este conducto, parecería obra de la fecunda imaginacion de aquel cuyo reposo, honor y reputacion no titubeó en comprometer una intrigante cualquiera.

Madama Molière era hermosa en extremo, tenia un talento singular y un entendimiento clarísimo, y habia adquirido una grande y bien merecida reputacion entre las actrices de su tiempo. Entonces las personas mas distinguidas de la corte honraban á los cómicos con su amistad, y los favoritos del gran rey tenian por una honra contarse entre los comensales de Molière. Casi todos hacian la corte á su muger; pero ninguno, sin embargo, podia jactarse de haber llamado su atencion particularmente, á pesar de su reputacion de galanteria. Madama Molière estaba rodeada de adoradores, mas no se la conocia amante alguno.

Quiso ser un hidalgo de provincia llamado Mr. de Lorny. Perdidamente enamorado de la cómica, á la que no habia visto mas que en el teatro, buscó algun medio de introducirse en casa de Molière; cosa imposible, porque atareado este con su triple oficio de poeta, cómico y director del teatro, vivia enteramente retirado, y las tentativas de Mr. de Lorny para entrar con él en relaciones, le salieron todas fallidas. Animado entonces por la fama de inconsecuencia y galanteo que tenia la señora Molière, se decidió á valerse de otros medios, que aunque no tan lícitos, no dejaban de facilitarle menos su intento, si se habia de creer la voz general de toda la ciudad. Es el caso que vivia por entonces en París una célebre tercera, famosa por su discrecion y destreza, y á ella fué á quien se dirigió para solicitar una entrevista de su adorada.

Mr. de Lorny disfrutaba de una fortuna considerable, y se manifestaba resuelto á no omitir ningún sacrificio, y la Ledoux se encargó de la honrosa mision que encomendaba á su prudencia, pero teniendo la precaucion sin embargo de hacerle depositar en sus manos una suma de 1,000 lúises, con el objeto, decia, de asegurar mejor el éxito de la empresa. Apoderóse desde luego de ella una sola idea, que fué la de apropiarse esta suma, y hé aquí el medio que imaginó para conseguirlo.

Entre las muchas rameras que en todos tiempos ha habido en París, se encontraban muchas que se parecian á la señora Molière; una especialmente, aunque de mucha mas edad, tenia exactamente su mismo aire, su corte de cara, y sobre todo, su mirada, su desdenosa sonrisa y el acento tierno y sonoro de su voz. Esta jóven se llamaba la Tourelle; y enterada de la intriga que se queria preparar, se avino á hacer el papel de la señora Molière, á la que habia visto muchas veces en el teatro, proponiéndose remedarla con tal perfeccion, que mantuviera en su error á Mr. de Lorny todo el tiempo que fuese necesario para que este empezara á manifestar su amor con dádvas y regalos.

Sin embargo, desde que tuvo la entrevista con la Ledoux, se mostraba cada vez mas impaciente el honrado provincial; pero ella, que era demasiado ladina para dar á entender la facilidad de la empresa, le iba entreteniéndole con esperanzas, ya abultando las dificultades, ya fingiendo de intento obstáculos imaginarios, ya, en fin, recomendándole la prudencia, que debia únicamente asegurar el buen éxito del plan. Por último, despues de cerca de un mes de espera, y cuando la tardanza habia aumentado aun mas la impaciencia del pobre caballero, se presentó un dia en su casa rebotando de alegría: habia logrado al cabo, decia, vencer los escrúpulos de la hermosa actriz, que aceptaba el galanteo de Mr. de Lorny, y al dia siguiente asistiría á una primera cita en una casa sola y de confianza.

El enamorado de Lorny manifestó con su liberalidad cuánto agradecia este favor, y su gozo no tuvo ya límites cuando vió llegar á la supuesta dama vestida de trapillo, y encapotada en sus tocados, como temiendo que la conociesen. Hizo su papel á las mil maravillas: fingió la tosecita de la señora Molière, sus dengues, su aire de importancia; no habló mas que de grandezas: se quejó del trabajo que le costaba hacer el papel de Circe, pieza que entonces estaba en boga, é insistió especialmente sobre su complacencia en haber condescendido en ir á una casa, cuya soledad era bastante para infundir á su familia sospechas injuriosas á su honor.

Cualquiera hubiera caído en el lazo. Mr. de Lorny la hizo mil protestas; y la rogó que en prueba de su amor aceptara alguna señal de su reconocimiento. La Tourelle le echó de rica, y no quiso consentir en admitir regalo alguno, á menos que no fuese de muy poco valor, no siendo poca la resistencia que hizo á aceptar un collar de diamantes que el dichoso de Lorny se dió por muy contento de que le costara únicamente 8,200 libras.

Desde entonces siguieron sin interrupcion las citas amorosas. La Tourelle habia suplicado encarecidamente á su feliz amante, que nunca se llegase á hablarla en el teatro, con el objeto, decia, de engañar

mas fácilmente la suspicaz perspicacia de Molière y no despertar la envidia de sus compañeras, la mayor parte celosas de su fortuna; y Mr. de Lorny por su parte, perenne siempre á todas las representaciones teatrales, se contentaba con admirar su idolo, aplaudirle y envanecerse de sus ventajas, sin quebrantar nunca la discreta ley que se le habia puesto por condicion de su dicha.

Esta tierna amistad duró dos meses completos sin contratiempo alguno; pero la cortesana fué la primera que contribuyó á que se descubriera el embuste, cometiendo una falta que le salió demasiado cara. Los amantes se citaban en casa de la Ledoux; la Tourelle se hacia siempre esperar, hasta que por último un dia no llegó á concurrir. De Lorny la estuvo esperando al principio con mucha paciencia, empezó despues á inquietarse, y acabó en fin de ponerse de mal humor; llegó la hora del teatro y se decidió á ir á la comedia, á pesar del empeño que puso la Ledoux en desviarle de este intento. Dióse prisa á llegar cuanto antes; pero ya estaba la funcion empezada: habia sin embargo un asiento desocupado en la primera fila, acomodóse en él, y la primera persona que vió en la escena, fué la señora Molière en su rico y elegante traje de Circe.

Nunca le pareció tan hermosa como en aquel momento, y cuando al bajar de la escena pasó por delante de él, á pesar de haber ido solo con la intencion espresa de hacerle unas cuantas reconvencciones, solo tuvo ánimo para decirle: «Está V. adorable como nunca; si yo no estuviera tan enamorado, hoy mismo perdía la chabeta.» La actriz, que estaba hecha á estas alabanzas insulsas, no le hizo caso alguno; entonces él la miró con ternura, la llamó á media voz, hizole señas de inteligencia; pero de ningún modo pudo obtener una mirada ó una señal que le diera á entender que habia sido conocido por la desdeñosa cómica.

Esta ya era, á su parecer, mucha indiferencia despues de lo que ella habia hecho aquel dia; y acabada así la representacion, corrió precipitadamente al aposento en que la señora Molière se estaba desnudando, y furioso, turbado y lleno de impaciencia por averiguar la causa de tantos desdenes, abrió con violencia la puerta, y se entró con la mayor franqueza.

La señora Molière se hallaba sola con su doncella: en su vida habia visto á aquel hombre, y figúrese cualquiera cuál seria su sorpresa al verle sentarse sin ceremonia, azorado, colérico, y con todas las señales de un violento despecho.

La muger del gran poeta era bastante altanera; adelantóse con presteza hacia el reciénvenido, y con un gesto imperioso y teatral, le dió á entender que se saliera inmediatamente, mientras que la doncella abria entre tanto la puerta para pedir auxilio.

La indignacion por tanto tiempo contenida de Mr. de Lorny, no tuvo ya límites; echóse en cara con amargura su falta de atencion, su inconstancia y su alevosia. La señora Molière estaba confusa; al principio le tomó por loco; pero su pena, la sinceridad de sus palabras y la buena fé de sus lágrimas, la hicieron sospechar que aquello encerraba algun misterio, y le preguntó con la mayor seriedad, si de veras la conocia, é insistió especialmente sobre la cita á que decia habia faltado, siendo así que nunca le habia visto, y no podia entender nada de aquel laberinto.

Subieron de punto con esto las reconvencciones y amenazas de Lorny; redobló sus quejas y recriminaciones, contó los hechos tales como eran, nombró los sitios, y no paró, por último, hasta llamar á toda la compañía para que sirviera de testigo de las que llamaba infamia y traicion de la muger á quien todo lo habia sacrificado.

Ya eran demasiados tantos y tan multiplicados ultrajes. La señora Molière, decidida á vengarse, quiso que se apoderasen de su persona; pero aprovechándose él del momento en que ella se le acercaba, cogió el collar que llevaba puesto y le arrancó violentamente, creyendo que era el que le habia regalado, no obstante que aquel era de mucho menos valor. Ya en esto acudió la guardia del teatro, cerráronse todas las puertas, cogieron á Mr. de Lorny, y un comisario á quien se mandó buscar, le mandó llevar á la cárcel con una buena escolta, esperando que su cólera se calmase para que pudiera dar alguna explicacion satisfactoria sobre todo aquel negocio.

La señora Molière interpuso querrela; intervino hasta el mismo Molière, y se pidió que Mr. de Lorny abonara una suma considerable en reparacion de sus insultos y violencias. Siguióse el expediente en el Chatelet. Las envidiosas compañeras de la muger de Molière, hicieron correr inmediatamente por París una historia escandalosa, haciéndola representar en este asunto un papel bastante indecente, sirviendo á esto de fundamento el haberla creído reconocer el joyero, alucinado con la semejanza, por la persona que le habia comprado el collar. Afortunadamente no fueron infructuosas las pesquisas que se hacian en París para descubrir á la Ledoux, la cual se escondió al tener la primer noticia de la ocurrencia, y en su primer interrogatorio confesó que habia hecho conocer una jóven á Mr. de Lorny, á la que habia tenido por esposa de Molière. Tampoco se tardó mucho en pre-

der á la misma cortesana que con tanta destreza habia hecho este papel, y quedaron desde entonces desmentidas las calumnias esparcidas contra la hermosa cómica.

La causa no podía ya ser larga, ni su éxito dudoso hallándose confesadas las dos acusadas. Molière, satisfecho con ver descubierta la trama en que habia sido envuelta su muger, queria que hubiese alguna indulgencia; pero su muger nunca quiso acceder á esto, y después de un proceso en que se refieren los hechos principales de la querrela, la Ledoux y la jóven Tourelle fueron sacadas á la vergüenza el 9 de agosto de 1691, frente á la casa de comedias.

Mitología del Norte.

Bajo el nombre genérico de bárbaros del Norte, comprenden los historiadores á los pueblos diversos, la mayor parte de la raza septentrional germánica, que, en los primeros siglos de nuestra era, abandonaron sus hogares, inundaron la Europa occidental, destruyeron de un cabo á otro el imperio romano, cambiaron la faz del mundo antiguo, y prepararon la senda al Cristianismo, que se sentó muy pronto sobre las ruinas de la civilización antigua.

Bajo el aspecto religioso presentan estos dos pueblos dos grandes divisiones muy distintas. La Germania, propiamente llamada así, de que habla Tácito, y donde dominaban los suevos (hermiones) profesaba la religion de la naturaleza y rendia culto á los elementos, bosques, manantiales, etc. La diosa Ertha (Erd, tierra), segun las tradiciones, llegaba en un carro todos los años, desde los bosques que verdeaban á lo lejos en las islas del mar del Norte. Cada poblacion tenia sin duda ritos positivos; pero en general eran las creencias mezcladas, vagas é inciertas. En aquel fondo pálido y nebuloso, la invasion de las hordas que habitaban mas hácia el Norte, y desconocidas enteramente á los romanos, imprimió imágenes mas determinadas, y dibujadas con mas vigor. Manifestóse entonces en aquellas hordas un movimiento repentino, progresivo y heroico, una cierta revolucion religiosa.

El hombre de aquella revolucion fué Odino. Odino, desde la Islandia, en donde su culto se desarrolló despues del modo mas extenso y brillante, hasta las orillas del Rhin, conquistó los espíritus de todos los pueblos. Los godos, los sajones, los gépidas, los lombardos y los borgoñones, creian todos en la encarnacion de Odino y en la inmortalidad despues de la tumba en el palacio Walhalla, y en una cierta villa, Asgard, santa entre todas las ciudades, de donde habian salido sus padres, y adonde ellos mismos debian entrar un dia: estos mitos fueron los que les dieron su fuerza progresiva; ellos fueron los que movieron y despertaron de un sueño enorme y letárgico á las poblaciones de la Germania interior; ellos fueron los que penetraron desde la Scandinavia hasta las orillas del Báltico, costearon el Danubio, recorrieron toda la Alemania, tocando en todas partes las fronteras del imperio romano, y levantaron esa insurreccion en que se abismó la Italia.

Hé aquí cuáles son en resumen los principales mitos de Odino. Antes del mundo, todo era el gigante Ime. Odino con sus hermanos Vile y Vé, le mataron é hicieron de su cráneo la bóveda del cielo, de su cuerpo la tierra, y de su sangre el mar. Otro gigante, Norw, era el padre de la noche; la noche crió al dia: el dia y la noche sentados en un carro hacen continuamente las evoluciones sobre el cielo. El caballo de la noche se llama Krinfax (cabellera de los hielos), el del dia, Skinfax (cabellera refulgente). Un gran puente conduce desde la tierra al cielo: es tricolor, y su nombre es el arco iris; se romperá un dia, en el momento en que los espíritus malignos le atraviesen despues de haber ganado una victoria á los dioses. El mundo debe acabar por un incendio. En el último combate del mundo, saldrán vencedores los *espíritus malignos*.

Odino es el mas poderoso de los dioses: le dan el sobrenombre de Alfader, es decir, padre de todos, padre de los combates. Llamanle tambien Hor Janschar y Thridi (altísimo, igual al altísimo, y la tercera Trinidad). Convida á los héroes muertos á su palacio celeste de Walhalla, donde entran por quinientas cuarenta puertas. Sobre los hombros de Odino están colgados dos cuervos: el uno se llama Hugin (razon), y el otro Munin (memoria): por ellos es por quienes sabe todo lo que se hace en el espacio. El hijo de Odino es Thor, dios de la guerra, representado con un martillo en las manos; y el martillo, como nadie ignora, era entre aquellos pueblos el simbolo de las conquistas. Las vírgenes, diosas de la guerra que se llaman Walquiries, llegau hasta el número de doce, y Frigga es la mas poderosa. Loke es el dios de la ilusion y del mal. Los dioses del cielo encadenaron al hijo de este, el lobo Fenris. En este Loke scandinavo se apercibe, por decirlo así, el presentimiento de Mephistopheles. Los jefes nacidos de los dioses y la nobleza que mandaba durante la guerra, llevaban entre

los godos los nombres de Amali's y de Balti's. Entre los godos recibió Odino mas tarde el nombre de Wodan.

Los sajones permanecieron algun tiempo aun establecidos á las orillas del Océano Germánico; pero acosados de una parte por los francos y de otra por los slavos, se formaron en una horda guerrera que dominó muy pronto á los godos é invadió la Inglaterra.

Los godos, los lombardos y los borgoñones se sometieron por el contrario á los jefes, y entre ellos fué donde se desarrollaron los principios de la jerarquia guerrera y la inviolabilidad de la palabra de un guerrero, que dominaron despues en el sistema feudal. Ellos fueron los primeros que comenzaron esas emigraciones vagas y lejanas, yendo siempre en pos del oro y de la belleza, siendo estos dos objetos por todas partes su fin heroico. Allí fué donde nació esa fisonomia eminentemente poética de Sigard, en los Niebelungen, y en donde se ven unidos la sabiduria y el valor, que están divididos en los mitos griegos entre Ulises y Aquiles.

Una indecible melancolia, una sombría tristeza reinan en todas las tradiciones escandinavas. Toda su moral consiste en la promesa de la gloria, como recompensa del valor. En el palacio de Walhalla asisten los héroes á espléndidos festines; y en medio de una alegría ruidosa, aquellos esqueletos siempre armados se levantan de la mesa para renovar los combates del pasado. En todos los mitos escandinavos se manifiesta la influencia de la naturaleza áspera del Norte: no se distingue un rayo de esperanza en ninguna parte, no se ve pues sino una desesperacion eterna, unida al valor salvaje y heroico que va siempre adelantando, sin inquietarse por el resultado terrible y fatal que puede tener. La idea de que el mundo debe acabar desgraciadamente, y que en el último dia prevalecerán los espíritus malignos. brilla de un modo siniestro en toda aquella mitología. Al resplandor de este lúgubre presentimiento, combaten los guerreros hasta derramar la última gota de su sangre; y siguiendo el peligro por todas partes, sin exceptuarse á sí mismos, sin perdonar á sus enemigos, no buscan masque el olvido; viven violenta y esteriormente, para desechar el pensamiento interno que de tiempo en tiempo se despierta en ellos.

Una idea tal, una esperanza semejante de la destruccion universal, debia encarnarse necesariamente en los individuos; ella produjo á Alarico, á Genserico, á Attila. Mientras que el Cristianismo desde sus fuentes mas antiguas es el espíritu progresivo de amor, de creacion y de unidad, los mitos de los bárbaros del Norte eran por el contrario las fuerzas progresivas de la desorganizacion y de la destruccion.

Pero cuando el Cristianismo, colocándose en el punto central de estos fenómenos históricos y de estos pueblos, comenzó á obrar atractivamente sobre ellos, los pueblos del Norte, y los hechos que de ellos nacieron, se trasformaron en un círculo regular y acabado. Despues del cumplimiento de su grande mision, despues de la destruccion de Roma, esta materia esparcida que pesaba sobre todo el Norte como ceniza funeraria, comenzó á vivificarse en llamas puras. El amor del espíritu venció la resistencia de la materia, y los elementos se separaron del caos poco á poco.

Hé aquí la mitología de aquellos pueblos bárbaros; poseidos de aquellas ciencias religiosas tan fantásticas y desoladoras, se nota en sus poemas esa tristeza sombría que los dominaba.

DON NICOLAS ANTONIO.

Entre los sabios españoles que celebra el orbe literario, nadie es mas nombrado que el erudito D. Nicolas Antonio, presbítero, caballero del hábito de Santiago, que sacó del olvido la memoria de tantos ilustres escritores nacionales. Nació en Sevilla año de 1617, y su padre, que se llamó tambien Nicolás Antonio, fué almirante de la compañía naval erigida en dicha ciudad en 1626. Estudió la latinidad con el famoso dominico fray Francisco Gimenez; y despues de finalizado el curso de filosofía y teología, pasó á Salamanca, donde se dedicó á la jurisprudencia.

Su ingenio, criado para sobresalir entre todos, concibió el difícilísimo proyecto de formar un índice de todos los literatos españoles antiguos y modernos, para cuya empresa, no menos delicada que ardua, se retiró á su patria, sin mas comunicacion que la de los libros. Empezó la célebre obra de la *Biblioteca*; pero antes de publicarla dió á la prensa como ensayo de su habilidad el tratado de *Exilio*, aplaudido de todos los inteligentes.

A los cuarenta y dos años de su edad fué enviado á la corte de Roma por el Sr. D. Felipe IV, como agente general de España, en cuyo empleo hizo notorio su talento, circunspeccion y cordura, no solo en los negocios de este ramo, sino en los de Nápoles, Milan y Sicilia, y los del tribunal de la Inquisicion, mereciendo en todos la general aprobacion. Permaneció en Roma hasta el año de 1677, ocupando el

tiempo que le dejaba libre su ministerio, no en procurar sus adelantamientos, pues solo llegó á lograr una ración en la patriarcal de Sevilla, y luego una canongía de aquella iglesia, sino en juntar una copiosa y selecta librería, y en perfeccionar su excelente *Biblioteca nueva de los autores españoles de 1500 hasta 1670*; cuya publicación asombró á todos los eruditos. Nombróle el señor Carlos II conde de Cruzada, en cuyo empleo vivió, hasta el año de 1684 en que concluyó la car-



(D. Nicolás Antonio).

ra de su vida uno de los sabios mas completos que produjo España. Dejó inédita y sin perfeccionar la *Biblioteca antigua que comprende los escritores desde el siglo de Augusto hasta el año de 1500*, que vió después la luz pública á expensas del cardenal Aguirre, coordinándola el dean Martí, y exornándola con varias notas hijas de su erudición. Esta célebre obra, que apenas se hallaba ya, se reimprimió por orden de Carlos III, llena de notas y adiciones, por el bibliotecario mayor de su majestad D. Francisco Perez Bayer.

La Meca y la peregrinacion de los mahometanos.

Es la Meca una ciudad de la Arabia, tenida en gran veneracion por los mahometanos, los cuales creen que es indigno de entrar en ella todo aquel que no pertenece á su secta. Esta es la razon porque no permiten que nadie se acerque, ni aun á muchas leguas, observando en esto tal rigor, que si un cristiano fuese sorprendido dentro de la ciudad ó en su recinto, solo podria expiar su sacrilegio purificándose por el fuego, ó mudando al instante de culto.

Muchos musulmanes hacen el viaje por devocion, y otros, que son los mas, por traficar, para lo cual vienen de todos los puntos del Asia á desembarcar al puerto de Gedá ó Zieden, sobre el mar Rojo, distante poco mas de quince leguas de la Meca.

Este viaje absuelve todas las culpas, y una vez hecho, ya no hay que temer el ser perseguido por ninguna clase de delitos anteriores.

Todos los años hay cinco caravanas, á saber: la del gran Cairo, que se compone toda de egipcios y de los que vienen de Constantinopla ó de sus alrededores: la de Damasco, que trae los de Siria: la de los Pometos, que comprende todos los peregrinos de Berberia, Fez, Morrea etc. que se reunen en el Cairo; y la de Persia y de las Indias ó del Mogol. Hablaremos solo de la primera, y bastará para que se forme una idea de las demás.

Después de diversas ceremonias hechas en el Cairo durante algunos dias, salen por la tarde y van á acampar á doce millas de la ciudad, cerca de un lago llamado *Birca*, punto de reunion de todas las carava-

nas, que muy frecuentemente suelen formar una de mas de cien mil personas.

Marchan solamente de noche para evitar el calor ardiente, y cuando no hay luna, encienden los faroles: en cuanto á los camellos, van atado uno á otro de la cola, y no hay necesidad de conducirlos.

El viaje del Cairo á la Meca se hace en treinta y siete dias, y siempre por medio de los desiertos de la Arabia. No comen mas que de las provisiones que llevan, y el agua que se encuentra es poca y muy mala; pero lo que hay aun mas incómodo son los vientos calientes que casi privan la respiracion, y sin embargo muchos ancianos, mugeres y niños emprenden y concluyen con felicidad este viaje.

Durante la marcha cantan versículos del Corán, con tanto fervor y devocion, que á veces caen de sus camellos, rendidos de la fatiga, y muchos mueren cantando.

Dos dias antes de llegar á la Meca se despojan de la mayor parte de sus ropas, como una muestra de respeto, y se descalzan las babuchas por no hollar una tierra que consideran sagrada: tambien observan una abstinencia rigorosa durante ocho dias, pero los enfermos solo hacen limosnas.

La Meca es una ciudad mas grande que Toledo, está rodeada de altas montañas, y todos sus edificios son de piedra. Hay una gran mezquita, en medio de la cual está el *Kyabé* ó *Bet Allha* (casa de Dios), que los mahometanos dicen haber sido edificado por los ángeles, visitado por Adán, trasportado al cielo durante el diluvio, y después vuelto á edificar por Abraham con arreglo al plan antiguo que para ello le fué enviado del cielo. Conservan una gran veneracion por este templo, lo mismo que por una piedra negra colocada á la derecha de la puerta principal, y la que creen se ha vuelto de aquel color por los pecados del género humano. Aseguran además, y están muy persuadidos, de que la piedra era blanca cuando el arcángel Gabriel la entregó á Abraham, y que este se sirvió de ella como de andamio cuando edificó el templo, subiéndola y bajándola á su antojo para evitar el hacer agujeros en las paredes.

La altura de este edificio es de treinta piés, sobre otros treinta de largo y veinte y cuatro de ancho. El umbral de la puerta está tan elevado que un hombre apenas puede alcanzar á ella: es de plata maciza, alta de nueve ó diez piés, y de ancho tiene cerca de seis; suben á ella por una escala montada sobre cuatro ruedas, de manera que para entrar en el Kyabé es preciso aproximarla por medio de ellas, porque es muy pesada.

El templo está sostenido por tres columnas ó pilares de forma octágona, de cerca de veinte piés de altura; son de madera de aloe, del grueso de un hombre, y de una pieza. El interior está adornado de ricas telas de seda blanca y encarnada, y la parte exterior con una tela de seda negra, labrada en Damasco. Hay alrededor de él una muralla que impide el que se acerquen, y muy corto espacio entre esta y el templo.

Dos fajas doradas ciñen las partes alta y baja exteriores del Kyabé, y por uno de los lados de la azotea que lo cubre, asoma y se ve fácilmente un canal de oro macizo que se avanza al canto de aquella como seis piés, con el objeto de que la lluvia caiga fuera de la muralla que lo circunda.

Hay además en el templo otro objeto venerable para los mahometanos, y es el pozo ó la fuente de Zemzem, que segun ellos, destila aquel agua maravillosa que Dios proporcionó á Agar y á su hijo Ismael en el desierto, después que Abraham los echó de su casa; beben de ella por devocion y le atribuyen grandes virtudes.

Los peregrinos pasan tres dias en la Meca, y aquel que logra ser el primero en besar la piedra negra, es reputado por santo; pero es preciso que esto suceda en viernes, y después del jubileo ó rogativa pública entonces todos se postran á sus piés, y á veces muere sofocado el pobre hombre entre la multitud.

Hay á mas durante aquellos tres dias otra ceremonia, que se reduce á una procesion hecha de rodillas alrededor del templo; un Imán es el que la dirige é indica las genuflexiones que deben hacerse.

Todos los años se mudan las telas que adornan el templo interior y exteriormente: las usadas las envian al Gran Señor ó las guarda para sí el sherif ó gobernador de la Meca, y sirven para el adorno de otras mezquitas ó para hacer reliquias que el Sherif vende á precio muy subido.

Concluidos los tres dias, salen los peregrinos de la Meca y van á hacer noche á un lugar llamado Munet, adonde llegan la víspera de la fiesta del Bairán; en la mañana siguiente hacen un sacrificio de corderos, que se distribuye á los pobres, y en seguida vuelven á cubrirse con todas sus ropas como antes.

De allí suben al monte Arafat, distante una jornada, y se detienen tres dias, en cada uno de los cuales arrojan siete piedras á la montaña, y dicen que esta ceremonia sirve para lanzar de ella al diablo que vino á tentar á Abraham al tiempo que se preparaba á sacrificar á su hijo Ismael y no Isaac; otras historias cuentan tambien sobre Adán y Eva

con relacion al paraje. Bajan despues á una llanura, y luego que concluyen sus oraciones, reciben la bendicion del sherif, respondiendoles todos Amen. El gobernador de la Meca lo es en lo espiritual y temporal, de consiguiente es considerado como una de las primeras dignidades del imperio; mas á pesar de su ilimitado poder está sujeto al Gran Señor.

Concluida aquella ceremonia bajan al pueblo de Minnet, situado en un hermoso llano, en el cual hay una roca, y en ella una cueva donde, segun los mahometanos, iba á orar su profeta. Muestran con mucho interés y como gran maravilla, un hueco en un cierto paraje de la misma peña, que aseguran fué hecho por los ángeles con el fin de que Mahoma descansase allí su cabeza cuando hacia oracion; y para conservar la memoria de aquel milagro, han edificado una mezquita en en el mismo paraje. La mayor parte de los que van á la Meca hacen tambien el viaje á Medina, pero esto no es una obligacion.

Medina ó Madina (que en árabe quiere decir ciudad) es otra gran poblacion de la Arabia, á tres jornadas del mar Rojo, y no tan considerable como la Meca. Hay en medio de aquella ciudad una gran mezquita donde está el sepulcro de Mahoma, que es de mármol blanco, y cerca de él las tumbas de Abubequer, Omar y otros califas que le sucedieron. Arden constantemente en el templo un gran número

de lámparas, y el sepulcro está colocado en un patio pequeño de figura circular, cubierto con una cúpula que los orientales llaman Turbé. Alrededor hay una galeria exterior con muchas ventanas, cuyas rejas son de plata; la interior está adornada de infinidad de piedras preciosas, especialmente en la parte donde corresponde la cabeza del sepulcro. Entre las muchas alhajas de valor se ve un diamante mayor que el huevo de una paloma, y encima de este, otro que el sultan Osman, hijo de Achmer, hizo colocar allí, y que es igual al que llevan en el turbante los emperadores mahometanos. Antiguamente formaban estos diamantes uno solo, pero Osman los hizo partir por la mitad, no se sabe por qué ni con qué intento.

Debajo de ellos hay una media luna de oro de la cual cuelgan otros muchos diamantes de excesivo precio. La puerta por donde se entra á la galeria que circunda el Turbé es de plata maciza, lo mismo que la que da al mismo Turbé. Esta solo se abre cuando hay poca gente: es decir, luego que los peregrinos se retiran, los cuales solo pueden ver la galeria interior y sus riquezas por entre las rejas que la cercan. El timulo está elevado como tres piés del piso principal del templo, y se sube á él por cuatro escaleras de mármol blanco.

Los turcos que han hecho el viaje á la Meca pueden usar únicamente del turbante verde.



OBJETO DE UN VIAJE DE LUIS XIV A NANTES.

Luis XIV hizo un viaje á Nantes el 1.º de setiembre de 1661, donde fué recibido con la mayor pompa. Hubo diversiones de todos géneros, y la corte paseó por el Loira en barcas cubiertas de seda para este efecto. El rey se hospedó en el castillo, y su limosnero pagó al cura de Sta. Redegunda treinta y cinco suses por cada noche de hospedaje. No se pudo averiguar el objeto de este viaje hasta la noche anterior al día de su partida en que Luis XIV hizo arrestar al superintendente Fouquet, acusado de conspirador y de haber hecho grandes dilapidaciones. Se habia creído necesario alejarle de la corte para arrestarle sin oposicion. Fouquet fué juzgado en Paris por una comision escogida entre sus enemigos y condenado á destierro. Luis XIV permutó este castigo en una detencion perpetua, lo que era una agravacion de la pena, en vez de una gracia.

Fouquet, que habia sido defendido por Pelisson con tanta elocuencia, y por la Fontaine con tanta sensibilidad, murió al poco tiempo en el castillo de Piquetol.

EL PARAISO Y EL INFIERNO

DE LOS HEBREOS.

El Paraíso.—Los Angeles.

La palabra Paraíso se deriva de pardas, que significa en zend sitio ó jardin de delicias. El jardin del Eden, dicen los talmudistas, es sesenta veces mayor que el Egipto; está colocado en la sétima esfera

del firmamento. Tiene dos puertas por donde entran sesenta miriadas de ángeles cuyas figuras brillan como el firmamento mismo. En el momento en que el justo llega ante la presencia de ellos, le despojan de sus vestidos, colocan sobre su cabeza dos coronas, la una de oro y la otra de piedras preciosas, le dan ocho varas de mirto, y bailan delante de él diciéndole: Come tu pan y regocíjate. Despues le hacen entrar en un sitio rodeado de agua; cuatro rios corren allí, uno de miel, otro de leche, otro de vino y otro de incienso; hay tambien mesas de piedras preciosas, o henta miriadas de árboles se elevan en cada uno de los ángulos, y en cada uno de ellos se hallan colocados sesenta miriadas de ángeles que cantan continuamente alabanzas á Dios, con una voz agradable; en medio del jardin está plantado el árbol de la vida, su follaje da sombra á todo él.

Los ángeles son en las tradiciones judías, como los ha definido Platon, seres que ocupan un puesto entre Dios y los hombres; llevan las oraciones de estos á Dios. En La Biblia están designados bajo tres nombres diferentes. Cuando pecaron Adán y Eva, un querubin fué quien los arrojó del paraíso terrestre. Isaías en su capitulo sexto llama serafines á los ángeles. Designarlos generalmente con el nombre de Melucim (enviados); en Daniel se habla del príncipe de los ángeles de la Persia y del príncipe de los ángeles de la Grecia. Segun el Talmud, los nombres de los ángeles vinieron de Babilonia con los israelitas; esta opinion, muy justa, demuestra que los israelitas, durante su permanencia en Persia y en Babilonia, tomaron de la religion de los persas sus Izeds, sus Ferruers y sus Amschaspands. En otro pasaje se dice: Los ángeles fueron creados el dia segundo, y su substancia es mitad

agua y mitad fuego; la palabra EL, Dios, que se encuentra al fin de todos los nombres de los ángeles, nos induce á creer que eran ellos personificaciones ó emanaciones de las cualidades de Dios.

Gabriel significa fuerza de Dios; *Faheriel*, pureza de Dios; *Adariel*, grandeza de Dios; *Kadochiel*, santidad de Dios; *Rehuniel*, misericordia de Dios. Hay algunos otros cuya explicación se encontrará en el Zend ó en el Pelvi, como *Sandalpos* y *Jorkomi*: todos tienen diferentes atribuciones.

Gabriel es el jefe del fuego; *Jorkomi* el del granizo y *Miguel* el del mar; *Samenil* es el jefe de los reptiles; *Daniel* de los peces; *Anafil* de los pájaros; *Maktogil* de las piedras; *Atefil* de los árboles frutales, *Charoel* de los árboles que no dan fruto, y *Sandalpos* de los hombres. Este ángel tiene los pies sobre la tierra y su cabeza llega á los cielos; *Suriel* se halla constantemente delante del trono de Dios. En el Zend-Avesta, 2, 37, 58, se habla de *Bahman*, jefe de los ganados; *Ardiveshesht*, jefe del fuego; *Schahriver*, jefe de los metales; *Spandomad*, jefe de la tierra y *Khordad*, jefe del agua.

El infierno.—Los demonios.

El Geon ó el infierno de los judíos estaba dividido en siete esferas ó regiones donde se encontraban colocadas las diferentes clases de condenados: cada esfera tenía un ángel por jefe; en medio corría el Dindro (rio de fuego). Importadas á la edad media estas ideas, tal vez contribuyeron á la creación de la Divina Comedia.

Según el Talmud, hay nueve demonios: tres que son semejantes á los ángeles, conocen el porvenir y vuelan de un extremo á otro del mundo: otros tres son semejantes á los hombres, beben y comen como ellos; y los otros tres son semejantes á los animales: también beben y comen como ellos.

Según las tradiciones talmúdicas, cuando Adán comió la fruta prohibida, fué padre de tres clases de demonios: los *lillites*, especies de lánias que devoraban á los niños pequeños; los *espíritus*, que no tenían forma material, y los *Kophim*, que tenían cabezas de mono.

LA MALDITA.

Renunciando Eduardo I á la quimérica conquista de la Palestina se había embarcado para Inglaterra en compañía de dos caballeros que habían seguido sus banderas, y después de haber atravesado juntos la Italia y la Francia, se hallaban en Calais aguardando con impaciencia que el viento le permitiese atravesar el estrecho. Estaba también con ellos otro caballero que por algún tiempo los acompañó en su viaje, hombre de pocas palabras, pero ninguna sin un rasgo irónico. En vano los nobles condes habían desplegado en su presencia sus árboles genealógicos, y referido varios sucesos de su historia para empeñarle á contar la suya, pues él los había escuchado sin interés y no había correspondido á sus ideas. Por fin, cierto día se trabó entre los tres la conversación siguiente:—¿Pensáis ir con nosotros á Inglaterra?—No: algunas veces vengo á ver las aguas que bañan sus costas; pero mis huellas no se imprimirán en el suelo de mi patria. Harlo me despedazarán mis recuerdos, aun lejos del lugar en que pasaron los sucesos.—¿Sabéis que vuestras misteriosas expresiones, casi hacen pensar que sois un delincuente?—Y con razón: tengo á mi cargo una muerte. Esta palabra les hizo estremecer, y él prosiguió: Habeis viajado con un homicida... pero, pues me habeis proporcionado el gusto de hablar mi lengua patria, y pues veo que deseáis conocer los sucesos que han llenado de dolor mi vida, voy á deciroslos.

Mi padre era de Bristol; y cuando cumplí la edad regular, en lugar de hacerme sentar plaza de soldado, como estaba indicado en mi situación, pensé que peligros por peligros era mejor pasarlos con esperanza de una suerte feliz y tranquila, que no ir á regar con sangre la tierra santa: aunque yo como jóven le hablaba algunas veces de las glorias de Marte. ¡Pobre muchacho! respondía él entonces; la gloria es una dama muy altiva: los pecheros son los que pelean, y los señores los que triunfan. En fin me dedicó al comercio colocándome en casa de Samuel Hington, muy amigo suyo. Era este hombre tan rico como avaro, en términos que nadie le nombraba sin añadir *el judío renegado*, como si el becerro de oro no fuese ídolo de todas las naciones. Tenía una hija llamada Aliza, tan hermosa como no sabré pintaros, así como me será imposible describir lo que pasó en mi alma el día en que sus miradas me hicieron conocer que su corazón había entendido al mío, y que habíamos nacido uno para otro... Si: uno para otro como el verdugo para el reo.

Samuel, contento al ver mi esmero y actividad, me confió parte de sus negocios, lo cual me dió alas para pedirle la mano de su hija, que me negó abiertamente por ser yo de oscuro nacimiento y pobre, no parando hasta que consiguió que mi padre me hiciese viajar. Dejé mi

patria llevando conmigo las promesas de Aliza y la esperanza de hacer tal fortuna, que su padre no pudiese despreciarme.

Atravesé la Francia, la España, la Italia, y por último pasé algunos meses en Constantinopla con tal felicidad en mis especulaciones, que me entregué á las ideas más risueñas, creyendo que Aliza me alargaba su mano. ¡Ah, cuán poco duró tan lisonjera esperanza! recibí cartas de mi país, y en ellas la noticia de que Aliza tenía esposo.

Es preciso haber experimentado la pena que causa el olvido de su dama para saber lo que entonces siente un amante. Desde entonces todo me fué indiferente: el caudal se me figuraba un peso inútil, y cesó mi actividad hasta el punto que el tiempo futuro me parecía un inmenso espacio sin término ni objeto. Pues Aliza no existía para mí, yo tampoco existía para nada en el mundo. Ocho años pasé entre el tedio y los recuerdos, cuando el deseo de ver mi patria, ó tal vez mi destino, me hizo regresar á Inglaterra. Volví á Londres con intención de no permanecer en aquella capital, pues temía encontrar allí á la ingrata cuya imagen no se había apartado de mí: temía oír la nombrar; y mas que todo temía verla al lado del que había merecido su preferencia. Mi padre había fallecido: recogí lo poco que de su herencia me tocaba, y salí dirigiéndome á Oxford. A mi llegada á aquella ciudad las campanas de la iglesia de San Miguel hacían oír su lúgubre sonido: la calle y la posada donde fui á parar estaban llenas de gente: noté que todos manifestaban un extraño asombro, que se hablaban en secreto; y preguntando la causa al posadero, me contestó: Bien se conoce que sois recién llegado, y no sabéis que hoy se da sepultura al sexto marido de la *Maldita*. Si señor, su sexto marido. Desde que entró en la ciudad (Dios la libre de sus maleficios) ya van tres con este: en Londres acabó con otros tres, y juraría que ya el sétimo se está preparando. Es preciso que esa mujer sea hechicera, pues hasta ahora nada se le ha podido probar; de modo que es preciso confesar que es blanca como la nieve, aunque es mas negra que Belcebú, ¡paciencia! Ahora queremos que se registre el cadáver del pobre Simon Shard: tal vez se encontrará allí lo necesario para que la quemen viva.

La curiosidad me hizo suspender mi viaje: deseaba ver á aquella *Maldita*, y como sin duda era aquel el término prefijado por mi destino, su mano de hierro me clavó allí. Siguiendo el tropel de la gente llegué á una casa de donde vi salir un cadáver, con todo el lujo que puede desplegarse en una ceremonia fúnebre. Allí viene la *Maldita*: allí viene, gritaron con indignación los concurrentes, y dirigiendo yo la vista hacia donde señalaban, no pude dudar que la *Maldita* era mi Aliza, aquella Aliza, mas bella que nunca la había visto. ¡Cuán resalta su pecho de alabastro y las rosas de sus mejillas entre aquellos adornos negros, aunque no tanto como sus cabellos! Casi perdí el juicio: todo lo pasado se me horró de la memoria, me hubiera arrojado en sus brazos, si no me lo hubiese estorbado la multitud que nos separaba.

Sin ser dueño de mí mismo ni saber por dónde iba, me hallé en una sala entre mucha gente, pero mas inmediato á Aliza. El cadáver de Shard estaba sobre una mesa, rodeado de gente armada: la justicia estaba presidiendo á su reconocimiento: Aliza presenciaba el acto con dignidad y serenidad, y por fin el juez la declaró inocente. Los espectadores guardaron un profundo silencio: solo se oyó un grito de alegría... yo no fui dueño de contenerle: Aliza volvió la cabeza como para dar gracias al que se interesaba en su inocencia, me vió, me conoció y cayó desmayada, y yo maquinalmente me arrojé á sus pies, bañando sus manos con mis lágrimas.

Entre tanto se llevaron al cadáver: los espectadores que tan mala opinión tenían de Aliza marcharon descontentos de tenerla que llamar inocente; y yo sin reparar en nada, solo miraba aquel rostro esperando el momento en que recobrase sus sentidos. Por fin la vi abrir sus hermosos ojos, y mi nombre fué lo primero que pronunciaron sus labios. ¡Ah Martin... en qué momento! ¡Y me amarás todavía?... Si en aquel instante hubiera yo visto sus manos teñidas de sangre no hubiera dejado de amarla.

Bien puede imaginarse que yo no me apartaría de su lado: en efecto, apenas concluyó el término de luto fui su sétimo esposo, á pesar de los funestos presagios que oía por todas partes. Cuatro meses pasamos en la mayor felicidad; sin embargo, á pesar del vivo amor que ella me manifestaba, la veía á veces entregada á profundas meditaciones, y luego una extraordinaria tristeza la hacia casi insensible á mis caricias. ¿Qué tienes, Aliza? la decía yo un día: ¿qué deseas?... ¿qué echas menos?... me amarás siempre, ¿es verdad?—¡Ay Dios! contestó ella con una especie de frenesí: sino fuese así, si algún día llegases á olvidarme... ¡jantes muera yo ahora mismo en tus brazos! ¡Me sería tan cruel aborrecerte mortalmente! La expresión con que pronunció esta palabra me llenó de terror; su rostro quedó cadavérico, y sus ojos brillaban de un modo tan extraño, que procuré tranquilizarla; pero yo mismo necesitaba sosegar. Entonces, por la vez primera, entré en mi corazón la sospecha; resonaron en mis oídos aquellas voces de *maldita homicida*, creí comprender su sentido y me llenaron de terror.

Aquella noche llamaba en vano al sueño; tardó en venir á calmar mi agitacion, ó por mejor decir á aumentarla. Me pareció ver al desgraciado Simon lanzando sobre Aliza unas terribles miradas, y alargándola su mano como para llevarla consigo. Ella temblando imploraba mi auxilio, y el espectro me dijo: Esa me mató, esa te matará.

Yo di un grito de horror que me despertó, y vi á Aliza que sollozando me decia: Qué tienes, Martin, tú has pronunciado mi nombre y no con cariño. —Es verdad, la respondí, debes precisamente haberlo oído; ella se puso pálida al escucharme.

Sin decirle nada mas, me vestí, y salí de casa andando sin saber por dónde, solo con el deseo de arrojar de mí los temores que me agitaban. Culpaba á veces mi pusilanimidad; me llamaba débil por ceder así al espanto de un ensueño; pero la llaga era demasiado profunda para que la razon la cicatrizase. Aquella palabra de Aliza, *aborreerte mortalmente*, resonó de nuevo en mi alma. Ella es altiva, orgullosa, me decia yo á mi propio: ya he sabido cómo ama, sepamos ahora cómo aborrece.

Este infame proyecto me lisonjeó por entonces, y le puse en ejecucion. Ya era muy tarde aquella noche cuando volví á mi casa. Aliza se precipitó en mis brazos, preguntándome dónde habia estado. —¿Qué os importa? fué mi única respuesta, y ella quedó como una estatua. Al dia siguiente salí muy de mañana, y al regresar por la noche me recibió llorando... Si, aquellas lágrimas eran hijas del dolor. Repetí lo mismo al tercer dia: Aliza no lloró al verme: solo me hizo algunas reconvenciones cariñosas, y despues me abrazó con la mayor espresion. Al cuarto dia volví á casa mas tarde que nunca. Aliza estaba pálida y silenciosa: conocí que ya habia tomado su resolucio, y determiné observarla. Cuando me creyó dormido la vi levantarse muy despacio, pálida como la vi en ensueño; sacó de una cajita una cosa que no pude distinguir lo que era, y echándola en una vasija la puso al fuego que habia encendido. Jamás olvidaré la espresion de su cara, alumbrada por el reflejo de la llama; y sin ser de los que dan crédito á la magia, á cada instante aguardaba que se apareciese algun espec-

tro; Aliza se acercó á mí, y estuvo contemplándome por un rato. Sin duda su corazon luchaba entre la venganza y el amor. Este fué por entonces mas poderoso.

Ya os dije que deseaba ver dónde llegaba su odio. A la mañana siguiente, cuando ella me dijo: Martin, te vas y me abandonas; no la respondí sino con una mirada de desprecio que acabó de extinguir el amor que me tenia. Desde entonces mi sentencia estaba pronunciada: la leia en la calma terrible que habia reemplazado á las lágrimas y á la desesperacion. Cuando me vió entrar aquella noche, pareció sorprenderse, y me dijo: ¡Tan pronto! Si, era bien tarde. Fingí un profundo sueño: ella se levantó como la noche anterior é hizo los mismos preparativos. Como yo habia pasado tantas noches en vela, apenas podia resistir al sueño; y sin embargo, un solo instante faltaba acaso para completar la venganza. Por fin, la vi dejar la silla en que se habia sentado: su aspecto tenia un no sé qué de imponente: llevaba en una mano aquella vasija, que exhalaba un olor á plomo derretido, y en la otra un instrumento de barro que terminaba en un cañoncillo estrecho. Entonces comprendí su idea: se me erizaron los cabellos; me arrojé de la cama, la cogí las manos, y bien pronto la sala se llenó de gente que acudió á mis gritos. Ella estaba inmóvil como una estatua; pero estatua que arrojaba fuego por los ojos.

Seis testigos irrecusables probaron su crimen, y fueron las seis cabezas donde se halló el plomo que habia introducido por el oído; y cuando los jueces la preguntaron qué motivo la habia escitado á cometer tal maldad, respondió con la mayor serenidad: Esos me engañaron y yo los aborrecí; pero tú, infame, me has vendido y te desprecio.

A pocos dias un gentío inmenso rodeaba la hoguera en que dejó de existir Aliza: todos aplaudian la sentencia; yo solo derramaba lágrimas de rabia y de remordimientos. No me aparté de aquel lugar hasta que la última chispa salió de aquel monton de cenizas; entonces partí, y llevo arrastrando mi penosa existencia sin objeto y sin esperanza de felicidad alguna.



(Valle de Basalva en Guipúzcoa.)

Causas de nuestros errores. — Medios de remediarlos.

El error tiene lugar cuando la fuerza activa que tiende á conocer, no puede vencer la fuerza de inercia que las dificultades le oponen. Esta derrota de nuestras facultades puede referirse á cuatro causas generales: 1.^a su impotencia natural; 2.^a su imperfecta educacion;

3.^a el mal empleo que de ellas hacemos; 4.^a el desórden en su ejercicio causado por influencias estrañas

1.^a La *impotencia natural* existe en la especie y en el individuo. En general, nuestros sentidos no son susceptibles de percibir sino dentro de ciertos limites y mediante ciertas condiciones: todo hecho realizado á una distancia muy considerable, todo objeto que presenta proporciones muy grandes ó muy pequeñas, escapa naturalmente á

su accion; del mismo modo ciertos problemas intelectuales, aquellos especialmente que son relativos á las causas primeras, son casi siempre irresolubles para nuestra inteligencia. En una palabra, nuestra facultad de conocer no puede ejercerse mas que en la esfera de lo humano, y tan pronto como trata de penetrar en la esfera sobrehumana que le está vedada, cae inevitablemente en el error. *Individualmente*, todo hombre no posee por completo la organizacion propia de la especie; hay hombres privados de un sentido, tal como el oido, etc., ó de una facultad, como la imaginacion, ó en los que los medios de conocer, sin ser enteramente nulos, no tienen mas que una mediana fuerza; como la vista en los miopes: ¿qué sucederá, pues, si se atreven á juzgar mas allá del círculo trazado por su percepcion? Fáciles son de conocer los innumerables errores que deberán cometer el ciego fallando sobre colores, el sordo apreciando los sonidos, y por analogia, en los que incurrirá el geómetra criticando las obras del arte, ó el artista discutiendo sobre teoremas geométricos.

2.^a *La educacion imperfecta.* Solo la cultura puede desarrollar las facultades en toda su plenitud; á la manera que la ginnástica aumenta la fuerza y la agilidad de los miembros, así el razonamiento y la observacion hacen el juicio mas penetrante y mas seguro. Aquellos, pues, que ni han estudiado ni han meditado, están espuestos á engañarse frecuentemente, hasta encerrándose en las mas vulgares preocupaciones, y condenados á engañarse siempre cuando quieren hacer una excursion en el terreno de la ciencia. La inercia y la ignorancia son abundantes fuentes de errores.

3.^a *El mal empleo de las facultades.* Una facultad que la naturaleza ha creado fuerte y que la educacion ha desarrollado completamente, se extravía, sin embargo, por no ejercerse con las convenientes condiciones. La mejor vista no puede percibir, sino confusamente, en las tinieblas, y la mas perspicaz inteligencia tampoco puede juzgar bien si no se rodea de todas las noticias útiles, de todos los auxilios indispensables para el conocimiento, y si en fin no concentra su atencion con una paciente energia.

4.^a *Las influencias extrañas* que mas desbarrian nuestro juicio son: el interés, que todo lo refiere á un mismo punto de vista y que conduce á una engañosa unidad, la diversidad que en todas las cosas existe; pues lo verdadero para el egoísta es todo lo que puede serle provechoso, y lo falso todo lo que le puede ser perjudicial; las pasiones que producen una especie de delirio y suspenden el ejercicio de la razon. Puede decirse de la cólera lo que los antiguos decian de la embriaguez, que es una corta locura; debe añadirse que nuestro juicio no ofrece garantías desde que prestamos oído al sentimiento de las simpatías ó de las antipatías; las preocupaciones, es decir, las opiniones formadas con anterioridad á todo exámen, que son tanto mas obstinadas cuanto menos fundamento tienen; en fin, preciso es señalar como las dos causas que mas errores engendran, el orgullo, que nos hace despreciar sistemáticamente el auxilio de otras inteligencias, y la credulidad, que nos hace aceptar las afirmaciones de cualquiera sin distincion.

Los errores de impotencia nada los evita mas que la modestia, que nos suministra la verdadera medida de nuestras fuerzas.

Contra los demás errores designados, la religion, la moral y la educacion proporcionan poderosos preservativos. En cuanto á las que proceden particularmente de la credulidad, es preciso oponerles la duda metódica de Descartes, que rechazando las creencias supersticiosas, se fija con respeto ante un pequeño número de verdades inatracables.

ANÉCDOTA.

Reinando en España el buen emperador D. Carlos V., vino de Portugal un embajador que traía una numerosa caterva de agregados, dependientes y criados, que en todos sumarian unos cuarenta. Luego que S. M. C. vió al representante portugués con tan gran escolta, le preguntó sonriéndose:

—Hombre, ¿vienes á conquistar mis reinos?

—Náo senhor (contestó el portugués), porque se en viera á conquistar o vosso reino, en trouxera muita menos gente.

Está pues demostrado que nuestros vecinos de allende el Guadiana no son tan fanfarrones como se les supone.

LAS DOS ROSAS.

Mas risueña y lozana
que hermosa jóven que en los quince frisa,
rompió el boton y perfumó la brisa
una rosa temprana

en el primer albor de la mañana.

Y viéndose tan bella,
después de contemplarse vanidosa
en el cristal sereno de una fuente,
dijo á otra pobre rosa
que estaba junto á ella,
respirando el ambiente,
aunque mustia y menguada
por los tardíos hielos arrugada:

—«¿Qué haces aquí, mezquina?

¿No te abochornas de ocupar un trono
reservado á mi gracia peregrina?»

—«Ni orgullo ni vergüenza,

contestó la aludida en flébil tono,
siento al vivir en mi nativo suelo;
solo si hallo consuelo

en saber con certeza,

que la falta de galas y hermosura

con que á ti te dotó naturaleza,

hará que muera sosegada y pura

donde mismo nací, por mi ventura.»

—«Pequeña es tu ambicion, flor miserable...»

—«Pero es segura y de virtud dechado.»

—«Y qué, ¿menos estable

será la duracion de mi reinado?»

—«¡Mucho, ay de ti, la vanidad te aqueja!...»

Dijo á la niña flor la flor mas vieja.

Quedó en esto el coloquio interrumpido

por codiciosa abeja,

que con sordo zumbido

y agradable murmullo

lisonjeó á la hermosa:

esta esponjó su virginal capullo,

y en el purpúreo seno penetrando

el insecto, libó la miel sabrosa

y escapóse volando.

Dió la rosa un suspiro lastimero,

que aunque tarde su daño conocia;

oyólo el jardinero,

y al notar la frescura encantadora

de la tierna flor la flor mas vieja,

del tallo la cortó con osadía,

para el pecho adornar de su señora.

Entonces una voz tenue y doliente,

que el aura repitió murmuradora,

clamó: —«¡Ay de tí!... ¡Marchita va tu frente!»

Y otra voz mas lejana:

—«¡Con Dios te queda, mi feliz hermana!»

FRANCISCO J. ORELLANA.

LOS ENCANTOS DE UNA VOZ.

SONETO.

¿Eres tórtola ausente y lastimada
Que exhala en vago arrullo sus amores,
O pájaro de mágicos primores,
Que saluda la cándida alborada?
¿O el ruiseñor perdido en la enramada,
Ó cisne de dulcísimos dolores,
Ó el son del aura errante entre las flores,
Ó el arpa por el céfiro halagada?...
No lo acierto, ¡por dios!... Las armonías
Que hasta mi corazón vibra tu aliento,
Y despiertan en él mil fantasías,
No tienen nombre en el humano acento.
¿Y para que?... ¡palabras asaz frias!...
La inspiracion solo habla al sentimiento.

V. GARCÍA ESCOBAR.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 49.

El lechuzo apetece y bebe aceite.

MADRID.—IMP. DEL SEMANARIO E ILUSTRACIONES, A CARGO DE ALHAMBRA.